

MAXIMILIANO HERRAIZ

**LA ORACION
PALABRA DE UN
MAESTRO
SAN JUAN DE LA CRUZ**

Editorial de espiritualidad
Triana, 9-28016 Madrid

INTRODUCCION

Desde cualquier perspectiva que miremos a Juan de la Cruz, y sea cual fuere el “campo” de su experiencia y magisterio en el que queramos adentrarnos, siempre tendremos que partir de y concluir en la recia y transparente evidencia, extraordinariamente fecunda, que sella sus escritos: es un hombre con una fuerte, lúcida pasión de Dios. De Dios todo, de Dios solo, en la inmediatez más personal, entrañable y honda.

Esto hace que la vida y la palabra de este menudo, gran fraile carmelita, brote y vierta en un TU, “inmenso Padre”, trascendentemente cercano, “divinamente” comunicativo, y en un YO que, porque naciendo de este TU y avanzando en creciente dinamismo hacia él, se percibe, padece y goza como una “pretensión” infinita, incolmable de Dios. “Si el hombre busca a Dios más le busca su amado a él”¹. Entre personas anda el juego: Dios y el hombre, en mutua gravitación amorosa, llenan todo el escenario de la experiencia sanjuanista y dan peso y sustancia a su palabra de maestro de la fe. Urgencia de encuentro, de plenitud, en la donación divina, en la acogida-donación humana.

Y esto lo define el Doctor Místico como vida teologal: de Dios a nosotros –Dios en fe-, y de nosotros a Dios –“sin otra luz y guía”.

Contemplativo por gracia y por voluntad –llamada y respuesta-, San Juan de la Cruz centra la vida teologal, la conecta únicamente como maestro a la oración –contemplación. Por supuesto no con un sentido exclusivo.

Contemplación como comunión de amor interpersonal, definiendo la vida, y no una actividad, por relevante que sea, del creyente, como concentración amorosa, envolvente, “recogimiento vivo” en el Dios que, antes más y mejor se ha centrado gratuitamente en el hombre. La oración entra así en la vida del cristiano de la mano de las virtudes teologales como algo central y enraizado en el ser cristiano. Y será la expresión vibrante, en anchura y profundidad, de la vida del seguidor de Jesús. Expresión, “medida” de la vida teologal del cristiano. O, lo que es lo mismo, de la relación personal con Dios.

Por vida, la oración es movimiento, sucesión, historia. Por cuanto, en primer lugar, Dios se acomoda al hombre, “va perfeccionando al hombre al modo del hombre” (2S17,4); y porque el hombre es devenir, ser-en-proceso, la relación teologal entre Dios y el creyente –que el Santo llama implícita o explícitamente, oración-contemplación- estará sometida a un ritmo “natural”, primero (meditación), “sobrenatural”, después (contemplación), según se refiera al protagonismo del hombre y modo connatural propio de orar, o al de Dios, según el modo

¹ LI 3,28. Se citan las obras del Santo con las siglas convencionales: S= Subida; N= Noche (a una y otra Obra se antepone el libro, sigue a la sigla el cap. Y a continuación el número correspondiente)

propio de Dios, “sobrenatural”. Y esto por la dinámica interna de la misma vida teologal infundida graciosamente en el corazón del hombre, en el ejercicio de la actividad orante y de la vida de relación entre Dios y el hombre, en la mediación que sea.

Tiene Juan de la Cruz un gran sentido de Dios y de la persona. Y esto le autentica como un maestro excepcional de los caminos y secuencias de esa relación. Maestro con sentido de la periodización y etapas del camino y, por tanto, de la temporalidad y caducidad de los “medios” propios de cada etapa, a los que viene su riqueza de la conexión que tienen con el “medio inmediato” de las virtudes teologales, que son “el único medio próximo” en el que y por el que se realiza la unión del hombre con Dios.

Todas las criaturas, también todas las ideas y experiencias, conformes a la verdad del hombre –siempre de cosas distintas y particulares- tienen que ser sobrepasadas. Todo lo que naturalmente puede hacer y pensar la criatura no llega a calmar el impulso ontológico y de gracia de comunión divina que levanta su ser. Nadie sino Dios, Dios en persona, puede decirle y darle lo que quiere. Y él, el hombre, “solo a Ti” quiere.

Por eso, únicamente lo que viene dado de Dios, y al modo de Dios, solo lo que es pura gracia, “sobrenatural”, puede definitivamente, en verdad, conectar al creyente con Dios.

Así, la oración, por vivencia teologal, está abierta intrínsecamente a la contemplación, en la que el protagonismo de Dios, y según Dios, se irá imponiendo. Contemplación que, por vivencia teologal, será expresión y signo calificadísimo de la relación interpersonal, definición existencial de la comunión

del hombre con Dios, y no tanto, y desde luego no antes, de una forma oracional concreta.

Sobre esta base, estructura teologal, asienta la palabra sanjuanista de la oración. Sobre ella están escritas las páginas que siguen. Por eso se abrirá el estudio mostrando el entronque oración-vida teologal, y será también la última palabra: reafirmación conclusiva, recapituladora.

Lejos de cualquier contemplación “platónica”, la que San Juan de la Cruz enseña, es comunión de vida, inmersión del creyente en el mundo de Dios, mundo de relación gratuita, y en el mundo de los hombres con él en unidad irrompible. Entre uno y otro extremo, la oración se nos mostrará íntimamente adherida a la vida, formando cuerpo con el creyente

San Juan de la Cruz, también aquí, en la oración, con una palabra “sustancial y sólida”.